

uno hacia el otro aquellos dos seres, debía fatal y necesariamente transformar en afección razonada la simpatía inconsciente.

Paul Laverdac tenía miedo de continuar hablando. ¿Era posible que dijera á Clara la verdad en toda su crudeza? Iba á contar la sangrienta aventura, iba á decirlo todo; pero se contuvo y dijo solamente, hablando casi al azar:

—Creo que mi padre era acreedor del señor Mortal.

—¿Acreedor?—dijo Clara.

—Sí..... yo he encontrado en los papeles de la testamentaría cierta carta..... ¡Bah! pero todo ello no tiene importancia alguna.

Al decir esto hablaba con tono descuidado, sonriendo; pero Clara comprendió bien; hubiera jurado que trataba de engañarla.

—Verdaderamente, caballero, que es preciso que haya algo bien extraño en todo esto, pues que no me decís lo que sabéis.

—¿Yo?

—Sí; estoy segura. ¿Lo entendéis? Segurísima de que me ocultáis algo.

Sintió de pronto un irresistible impulso de confianza, acaso irreflexivo, y dejó escapar la sangre de su herida, siempre entreabierta, confesando

todo lo que sufría, todo lo que soportaba, todo el terror que la inspiraba lo que desconocía. Le parecía que hablaba á un amigo, que podía decirsele todo á aquel desconocido, que conocía mejor que ella la vida de Mortal.

Se levantó y le suplicó de nuevo que hablase, que lo dijese todo.

—¡Pero reflexionad—decía, dejándose arrastrar por su temor, por su afán de saber—reflexionad que si en ese asunto hay algo vergonzoso, esta vergüenza viene á caer sobre mí! ¡El apellido de Mortal es el mío, y aunque yo esté ignorante é inocente, he de compartir su vergüenza! ¡Yo quiero saber que nada ha manchado este nombre, y que al dármele no se me ha hecho cargar con el peso de una infamia!

—Señora.....

—¿Os extraña que hable así? Tenéis razón. Esta es la primera vez que os dirijo la palabra, y sin embargo, os confío estos quiméricos temores que ocultaría á todo el mundo. Pero es porque adivino que lo desconocido que yo busco lo tenéis vos. Sí, entre vuestro padre y Mortal ha habido un secreto, y vos lo sabéis.

Paul Laverdac dudaba.

Podía y debía decirlo todo. Hacerlo así, descu-

brir el pasado, era acudir en auxilio de aquella mujer y acaso salvarla; pero también era herirla a una desgraciada que lo ignoraba todo, era herirla en lo que es más querido para esas naturalezas de excepcional delicadeza: en la honra.

Mintió por segunda vez, ó por mejor decir, no reveló más que á medias la terrible verdad.

—El señor Mortal—dijo lentamente—tenía con mi padre una deuda que no ha pagado, y eso es todo lo que yo sé sobre el particular.

—¿No sabéis nada más?

—Absolutamente nada.

—Está bien; pero ¿podría yo ver ese papel que me habéis dicho que encontrasteis?

—¿Qué, no me creéis aún?

—Es que si ese recibo existe, deseo que Mortal lo pague inmediatamente.

—La deuda del señor Mortal era de las que no reconoce ningún tribunal.

—¿Una deuda de juego?—preguntó Clara.

El joven había dicho demasiado.

Ella le miró frente á frente, y con mucha frialdad continuó:

—Eso es lo que se llama, si no me engaño, una deuda de honor. Pues bien, ¿queréis prestarme un servicio? Dadme ese recibo: yo mis-

ma lo presentaré al deudor; yo seré su acreedora.

—¡Cómo! ¿Mi acreedora?—exclamó burlonamente una voz detrás de Paul Laverdac.

El joven se volvió, y se encontró con Mortal, que jugando con las puntas de sus enguantados dedos con el monóculo, estaba en pie junto al quicio de la puerta del saloncito.

Laverdac se puso lívido. Hubiera abofeteado á aquel hombre. Miraba las cintas de las condecoraciones de todas clases que Daniel llevaba en el ojal de la levita, y le asaltaban tentaciones de arrancárselas y pisotearlas. Recordaba que, fuesen ó no ciertas las leyendas de su país, era evidente que aquel hombre había desempeñado un siniestro papel en la muerte de su padre.

Mortal había adivinado que aquel hombre era Paul Laverdac. Le dirigió una mirada parecida á la de los cazadores que acechan al conejo; se dió cuenta de lo que debía temer ó esperar de tal enemigo, y plegó sus labios ligeramente con casi imperceptible desdén.

Clara, muda de espanto, miraba con terror á aquellos dos hombres.

—Te buscan por allá—dijo Mortal, ofreciéndola su brazo izquierdo.—La *academia*, como tú la llamas, no está completa sin tí.

Ella se apoyó en el brazo de su marido, y fría como el mármol, echó á andar con movimiento automático.

—Os ruego me perdonéis que me lleve á mi mujer— dijo Daniel al pasar ante Laverdac.

Le saludó con irónica cortesía y atravesó el salón.

Paul miraba alejarse del brazo de aquel hombre á aquella mujer que poco antes le hablaba frente á frente; conservaba aún en su oído el sonido suave de su voz, y se encontraba atónito, aturdido, como el que ha respirado uno de esos perfumes que se suben á la cabeza.

Apenas llegaron al salón en que se bailaba, Mortal dijo á Clara en voz baja, pero imperativa, y con tono breve:

—Estoy cansado. Retirémonos.

—Cuando quieras— contestó ella.

Se envolvió en su abrigo, subió al coche, y no habló palabra hasta llegar á su casa. Daniel, inmóvil, parecía combinar en su cerebro un plan de campaña, tanto que ella se preguntaba si habría escuchado su conversación con Laverdac. Cuando llegaron al hotel, Daniel besó friamente la enguantada mano de Clara y se retiró á su cuarto sin decir una palabra, sin pedir explicación al-

guna. Aquella calma glacial aterrorizaba á Clara, que pasó gran parte de la noche junto á la chimenea, pensando, repitiéndose lo que le había dicho Laverdac, y preguntándose si sería cierto ó si habría algo más. Esperaba al día siguiente para hablar á Mortal.

Muy temprano todavía, y cuando Clara dormía aún, entró Daniel en su cuarto.

—Te suplico me dispenses que te despierte tan temprano, querida; pero se trata de un asunto grave. ¿Quieres que te sirva de doncella y te ayude á ponerte la bata?

—¿Tú?

—Yo mismo. Es preciso que te levantes. Tengo que pedirte un favor.

—¿Cuál?—preguntó Clara.

—Te lo diré en seguida.

Clara se levantó temblando, se calzó las zapatillas, se puso una bata de satén guarnecida de piel de marta cibelina, y aproximando las manos al fuego que acababan de encender, dijo:

—¿Necesitabas despertarme tan temprano después de una noche de cansancio?

—Puedes volverte á acostar dentro de un instante si quieres. No deseo de tí más que una cartita de cinco líneas.

—¿Una carta mía?

Daniel había abierto el escritorio, y acercando una silla continuó:

—Aquí puedes escribir lo que voy á dictarte.

—¿Y qué me vas á dictar?

—Voy á decírtelo todo. Deseo tener una entrevista con Mr. Laverdac; pero aunque yo la solicite ó la pida, Mr. Paul no acudirá á ella, en tanto que si le citas tú concurrirá en seguida. ¿Comprendes?

—Comprendo, y no escribiré tal carta.

—¿Por qué?

—Porque no trato á Mr. Laverdac, y él podría extrañar.....

—¡Oh! no te importe su extrañeza. Te ruego que escribas, querida Clara.

—No, y no—dijo ella.—Esto es un lazo, y acaso un peligro para Mr. Laverdac.

—¿Es posible—continuó Mortal, con su sonrisa burlona de costumbre—que te imagines cosas trágicas con motivo de un papel amarillento por los años? No creí que fueras tan romántica. ¿Crees que voy á imitar al Duque de Guisa de los melodramas? Te lo repito, necesito ver á Mr. Laverdac. Las diferencias que tuve con su padre le alejarían de mí. Nos hace falta un lazo de

unión y este lazo serás tú. Escribe, pues, querida.

—Sea—dijo Clara.—¿Y qué quieres que escriba?

Daniel dictó.

«Caballero: deseo ver el papel que expresa la deuda que Mr. Mortal tenía con Mr. Laverdac. En esto hay un secreto de mi marido que tengo derecho á conocer.»

—¿Y cómo sabes tú que Mr. Laverdac posee ese papel?—preguntó Clara bruscamente.

Mortal se sonrió, dejando ver sus blancos dientes bajo su negro bigote.

—Porque escuché vuestra conversación—dijo con la mayor sencillez.

Y continuó dictando:

«Estaré donde usted me diga, á la hora que usted designe.»

—Ahora firma, querida—añadió—cogiendo entre las suyas, que abrasaban, la mano helada de su mujer. Sí, sólo tu nombre. Clara.

Ella hizo un movimiento para levantarse; pero él comprimió bruscamente sus dedos que se crispaban, y la obligó á firmar.

—Me haces recordar—dijo con su habitual sangre fría—á Cromwell cuando forzaba á los lores á firmar la sentencia de muerte del Rey. ¡Hace poco

el Duque de Guisa; ahora Cromwell! Confiesa que somos terriblemente románticos.

Y doblaba fríamente la cartita de Clara, en tanto que ella le mñaba estupefacta y con los ojos extraviados.

—¿De modo que vas á enviarla á Mr. Laverdac? —le dijo.

La pobre había esperado hasta entonces que aquello no sería más que una prueba, y había escrito maquinalmente, diciéndose que arrojaría el papel al fuego en seguida ó que lo rompería.

—Ahora las señas—dijo Mortal.

—Nunca—respondió ella.

—Como quieras. Las pondré yo.

Cogió la pluma y trazó estas palabras en el sobre: «*Mr. Paul Laverdac, calle de Hauteville, 20*», y se despidió diciendo:

—Hemos terminado.

Y luego, con mucha afabilidad y aire de astucia:

—¿Has olvidado, querida, que esta noche acaba el año? Estamos á 31 de Diciembre. Te suplico que no recibas ninguna visita ni hoy ni mañana, y que permanezcas en tu cuarto. Si quieres, te traerán unas cuantas novelas nuevas para que te distraigas. Supongo que no pensarás en salir; pero te

prevengo que sería lo mismo, porque no te abrirían la puerta del hotel.

Clara quedó aterrorizada.

Se veía cogida en una especie de engranaje de hierro; había leído en los ojos de Mortal una resolución implacable, disimulada por la ironía. Adivinaba que le sería inútil rebelarse, protestar y resistir, porque aquel hombre cumpliría fríamente lo que se hubiese propuesto. No se atrevía á pensar en el proyecto que Mortal tendría, pero no podía ser más que algo terrible. Seguramente había un peligro cierto para Mr. Laverdac.

Sólo la quedaba una esperanza. Se figuraba que Mr. Laverdac, al recibir aquella carta, no la entendería y pediría una explicación, y entonces, al ver que no obtenía respuesta, comprendería que se trataba de alguna mistificación ó algún engaño. Seguramente que él no había de imaginarse que la curiosidad pudiera impulsar á una mujer honrada á solicitar una cita de aquella clase, y tampoco había de atreverse á sospechar que Clara hubiera sido impulsada por otro sentimiento. Estaba segura de que no. Aquel hombre honrado no podía equivocarse acerca de lo que pensaba una mujer también honrada.

Paul Laverdac se había sorprendido, en efecto,

profundamente al recibir aquella extraña cartita. No conocía la letra de Madame Mortal; pero el nombre *Clara* que leía sobre la rúbrica le parecía encantador. Leyó y releó las líneas trazadas por ella, y no las comprendió. Otro más fatuo que él hubiera encontrado bien pronto ó inventado la causa de tal cartita, y no hubiera visto en ella más que una aventura ordinaria, de la que podía sacar el partido que quisiese; pero Paul adivinaba una complicación misteriosa, un sufrimiento en aquella mujer, una necesidad de conocer toda entera la existencia de su marido.

Seguramente que al joven, se lo confesase ó no, le agradaba encontrar esta nueva ocasión de volver á ver á Madame Mortal, de verla á solas, de hablarla, de leer otra vez en su corazón, de respirar el aire que la rodeara, de dejarse arrastrar sin objeto, sin esperanza, en la contemplación de aquel encanto doloroso, de aquella gracia tímida y triste. Además, le agradaba también el placer de deshorrar á Mortal á los ojos de aquella mujer, de descubrirla su pasado, de contarla la sucia y bochornosa historia de la partida de juego. De aquel modo hería á la par al marido dichoso y al infame delator. Después de dudar un momento en contestar á Madame Mortal, exclamó:

—¡Voto á.....! Sí que iré. La enseñaré el documento en que ese hombre reconoce la deuda, pagada con proscipciones. En su mujer será en lo primero que heriré á Daniel Mortal.

Paul tenía á su disposición el hotelito del barrio de Beaujon, que servía de estudio al pintor Gilbert Garnier, uno de sus amigos. Durante el invierno, que Gilbert pasaba casi siempre en Italia, tanto por gusto y necesidad de estudiar como por convenir así á su salud, Paul Laverdac se constituía en conservador de los objetos de arte y de los magníficos muebles que adornaban la habitación.

Allí recibía muchas veces á sus amigos, y el mes anterior había reunido en aquel sitio á gran número de pintores y literatos para darles á conocer una soberbia copia de los frescos de Orcagna que Garnier le había enviado desde Pisa.

Paul decidió, pues, escribir á Madame Mortal citándola para aquel sitio. Su carta era muy respetuosa. El joven la hablaba de su entrevista como si se tratase de una cita para negocios.

Daniel no quería que se enterasen sus criados, y remitió la carta de Clara por un demandadero, que volvió sin respuesta. Mortal tuvo un movimiento de impaciencia, pero duró poco, porque aquella misma tarde se presentó en su hotel

un mozo que preguntaba por Madame Mortal y decía que tenía que entregarla una carta en propia mano.

Como Daniel había dado orden de que le entregasen toda la correspondencia que fuese para la señora, rompió el sobre y se encontró con la constatación de Laverdac.

Está bien—dijo;—acudirá á la cita.

Y como tenía interés en que fuese lo antes posible, á causa de la imposibilidad de tener mucho tiempo á su mujer como encarcelada, decidió que ella volviese á escribirle.

Se dirigió al cuarto de Madame Mortal, y presentándola la carta de Laverdac,

—Tu invitación está aceptada —le dijo. —Te agradezco, querida, que me hayas proporcionado la ocasión de pagar una deuda antigua, de la que me remordía la conciencia. Y como no quiero retrasar más el pago, te ruego que fijes el día y la hora de la entrevista, y que ésta tenga lugar mañana por la noche.

—¿Es decir—preguntó Clara—que quieres que empuje más aún á M. Laverdac hacia ese lazo, no sé de qué especie, que le tiendes? Pues no escribiré una línea más, no diré una palabra, no firmaré ni una tarjeta dirigida á M. Laverdac, á no ser para

decirle: «No vaya usted á esa cita; hay en ella un peligro grave para usted.»

—Pero ¿qué peligro le amenaza? —exclamó Mortal.—Yo bien quisiera ahorrarte este sufrimiento, y si te condeno á este suplicio, es porque es necesario..... es porque.....

Comprendió que iba á decir demasiado, y se contuvo y añadió fríamente:

—Te he dicho que no quieres entender la situación. Vuelvo á repetirte que Laverdac tiene de mí una idea preconcebida que es falsa. En cuanto yo le hable, desaparecerá; pero para hablarle con toda franqueza y con provecho, necesito tener una entrevista con él. Tú puedes proporcionármela. Te lo repito; he recurrido á tí, á pesar de ser enteramente inútil, puesto que no conociendo M. Laverdac tu letra, podía haber hecho que le escribiese cualquiera, tu misma doncella, y hubiera concurrido á la cita.

Y continuó tratando de obtener de Clara la cartita que le pedía. Se enfurecía ante la resolución inflexible de aquella mujer, y estaba ya próximo á dejarse arrastrar por la ira; pero su terrible presencia de ánimo se sobrepuso, alzó las espaldas y se contentó con decir: *Como quieras*; y tomar la mano de Clara, besarla, salir y enviar un deman-

dadero á Laverdac, encargándole que le dijese estas palabras: *Mañana, á las once de la noche, estaré en el punto que usted me indica.* Le dió una buena propina y le prohibió que dijera que iba de parte de un hombre.

—Si le preguntan á usted quién le envía, dirá usted que una señora.

—Está bien—respondió el buen hombre, para quien lo importante era la buena remuneración de tan escaso trabajo.

Clara pasó la noche aterrorizada y febril. Tuvo un espantoso ataque de nervios, durante el cual se retorció y juntaba las manos como si suplicase á alguien. Al verla tan pálida y desencajada, su doncella tuvo miedo é hizo llamar á Daniel.

Mortal se sintió entonces á la vez herido y asustado. Aquel hombre continuaba amando á Clara con el mismo ardiente amor que antes, y le había sido necesaria toda su fuerza de voluntad para torturarla mezclándola en sus terribles planes. Tenía además celos de Laverdac. Y no era que sospechase de Clara, pero adivinaba en ella algo así como una simpatía naciente por aquel joven. Veía, por decirlo así, formarse y crecer aquel confuso sentimiento. Le ocasionaba, pues, un deleite extraño obligar á Clara á atraer á Laverdac hacia él.

Había entre aquellos dos hombres un doble odio latente. El odio del vencido al vencedor, que databa de diez años antes, y el odio de rivales que databa del día anterior.

Mortal quedó pronto tranquilo acerca del estado de Clara, porque el cansancio hizo terminar el ataque, y al amanecer se quedó dormida. Se despertó tarde, con la cabeza pesada y las ideas confusas como después de una pesadilla. Trató de coordinar sus pensamientos, y cuando se dió cuenta exacta de la situación,

—¡Yo lo impediré todo!—gritó.

La doncella escuchaba. Era una muchacha joven que estimaba de veras á su señora, cuyo estado la había hecho verter lágrimas la noche anterior.

Clara permaneció todo aquel triste día cerca de la chimenea, aniquilada, buscando el medio de huir. Sabía que Daniel había prevenido á los criados, y que aquel hotel se había transformado súbitamente en cárcel para ella. El portero se había convertido en alcaide.

—¡Y yo que quería ir allá, arrojarme á los pies de ese joven y suplicarle que huyera!

Y se repetía á sí misma las indicaciones que Paul le daba en su carta. Una casa á la italiana,

con una verja bajita pintada, una de las primeras casas de Beaujon yendo por el Arco de la Estrella. Y volvía á repetir las en voz alta con palabras entrecortadas como en estado de sonambulismo, ó en voz baja con una expresión de terror cada vez más grande. Mortal no había vuelto desde por la mañana. Se presentó por la tarde á la hora de comer, puso un pedazo de leña en la chimenea, y dijo á Clara:

—Buenas tardes y buen año, amiga mía. ¿Estás mejor hoy?

Clara, rígida como un espectro, no le respondió más que:

—Estoy segura de que has citado á Mr. Laverdac. Lo adivino. ¿Irás hoy á verle?

—Me es imposible faltar á esa cita — contestó Mortal; —pero está tranquila, porque ni Laverdac, ni yo, ni nadie corre peligro alguno.

Y salió como evitando continuar una conversación que le desagradaba. Clara volvió á encontrarse sola y más triste, más inquieta que antes, después de aquellas tranquilizadoras palabras. No quiso acostarse. Se sentía de nuevo febril. Con la noche se hacían más terribles sus angustias. Miraba el reloj, cuyas manos marchaban con dolorosa rapidez. Algunas veces apoyaba el codo en la chi-

menea, y con la cabeza sobre la mano permanecía largo rato como alelada, sin poder discurrir y preguntándose si aquella pesadilla no tendría fin.

Cerca de las nueve entró la doncella y le dijo con aire misterioso que había conseguido seducir, no al portero, hombre intratable, pero sí á un hijo suyo que tenía veinte años y algunas debilidades. Este mozo había convenido con ella en dejar entreabierta la puerta del hotel á cierta hora de la noche y entretener á su padre para que pudiera salir la doncella.

—No seré yo, sino usted, quien salga — añadió la doncella. —No me ha de mirar el muchacho tan de cerca.

Madame Mortal se creyó salvada, ó por mejor decir, creyó salvado á Laverdac. Se vistió á toda prisa, salió de su cuarto y bajó la escalera con el corazón palpitante. Se deslizó más bien que anduvo al pasar ante la vivienda del portero, y encontrando la puerta entornada, salió. Una vez fuera, creyó no poder sostenerse, y tuvo necesidad de hacer un gran esfuerzo para lanzarse al azar en las calles.

Á cada paso creía sentir posarse en sus hombros una mano de hierro. Buscaba con ansia un carruaje entre aquella muchedumbre. Se sentía

aniquilada. Al llegar al boulevard se creyó perdida. Los cocheros á quien llamaba le contestaban gritando: «Está ocupado», y sonreían y fustigaban al caballo. Procuraba repetirse las señas dadas por Laverdac, y se preguntaba dónde estaba Beaujon.

Anduvo así algún tiempo, y se encontró en los Campos Elíseos, enteramente sola. ¡Cosa rara! No tenía miedo. Sólo temía encontrarse con su marido en lugar de Laverdac, al que procuraba reconocer entre los transeuntes, y comprometer así el objeto de su expedición.

Se decía á sí misma:

— Si me atreviese, diría á alguno de los que pasan que fuese allá.

Y buscaba entre las sombras un apoyo, un socorro, un desconocido que la ayudase, acaso, á salvar la vida de un hombre.

En efecto, Daniel Mortal había deslizado el revólver en su paletó antes de salir de casa; se había vestido elegantemente, y se había dirigido á Beaujon á la hora convenida. Laverdac esperaba, y al primer campanillazo salió á abrir por sí mismo con la lámpara en la mano.

Al encontrarse con Daniel palideció.

— ¿No me esperabais? — le dijo éste.

— No.

Pasada la sorpresa, Laverdac había recobrado en seguida su sangre fría. Experimentó, sin embargo, un relámpago de terrible duda al ocurrírsele que Clara podía haberle atraído á aquel lazo. Pero á pesar de todo, pensaba, no se da tan fácilmente cuenta de un hombre de corazón.

Hizo entrar á Mortal en un saloncito alumbrado por una lámpara de ópalo.

— Caballero — dijo Daniel bruscamente — en pocas palabras expresaré el objeto de esta visita. Tenéis en vuestro poder una carta mía, que no me agrada ver en los bolsillos del vecino. Os agradecería que me la entregaseis.

— ¿De veras? — respondió Laverdac, que se cruzó de brazos y le miró con resolución. — ¿Os ha encargado Madame Mortal que la reemplacéis aquí?

— Madame Mortal nada tiene que ver en este asunto. Si es un lazo, creed que soy lo bastante ingenioso para haberlo dispuesto yo mismo. Sea como quiera, me encuentro solo, frente á frente con vos, y os reclamo lo que es mío.

— Os ruego me dispenséis. Ese papel es propiedad de mi familia, que lo ha pagado demasiado caro. Además, ¿quién os ha dicho que lo he traído conmigo?

—Estoy seguro de ello—respondió Mortal— porque lo habíais prometido, y sois hombre de palabra.

—Gracias por el elogio, que es por lo menos extraño en ciertos labios.

Y al hablar miraba instintivamente, sin hacer el menor movimiento para cogerle, por temor de que Mortal le ganase la vez, un magnífico cuchillo andaluz que brillaba sobre la mesa.

Daniel sorprendió aquella mirada, y sonrió instintivamente, como hombre que conocía esas armas y esas riñas traperas.

—Repito—dijo—que necesito ese papel.

—Y yo repito—contestó Paul—que no os lo daré. Debéis traer armas; pues matadme. Será una excelente manera de que continuéis vuestro oficio.

—¡Miserable!—exclamó Mortal, palideciendo intensamente.

—Pues qué, ¿no lo sé todo? ¿No sé que sobre vuestra frente podría escribir como un estigma estas dos palabras que tenéis bien ganadas: «Delator y espía?»

—No es esta ocasión para injuriarse. ¡Quiero ese papel, ese papel que adivino tenéis en el bolsillo, en que apoyáis la mano como para defenderlo!

Laverdac miró á Mortal frente á frente.

Decidido á todo, y dispuesto á coger el cuchillo:

—Jamás—dijo con voz estridente,—nunca os entregaré este papel que os deshonra.

Y su mano izquierda apretaba, como para defenderla, aquella misma cartera que en otros tiempos, siendo aún niño, había ocultado á las investigaciones de Mortal y sus agentes.

En aquel momento había sido cuando Noel había visto al de la barba negra precipitarse sobre el cuchillo, y cuando forzando la ventana se había lanzado en aquel cuarto en que acababan de asesinar á un hombre.

## V.

### El proceso.

Noel Rambert se preguntó al día siguiente al despertarse, volviendo los ojos en su alrededor con profunda angustia, por qué se encontraba allí, fuera de su casa y encerrado. Necesitó algún tiempo para recordar todo lo que había ocurrido. El largo y pesado día de la víspera se le representaba confuso, y todas sus acciones, todos sus pensa-